



do los soldados: el otro se perdió sin que se pudiese conseguir noticia alguna.

Esta pérdida no alteró las resoluciones de Cortés. Sin dilación envió otros dos navios para el mismo descubrimiento. El uno encontró una isla estéril y desierta, y se volvió sin mas fruto á la tierra de Jalisco: el otro, habiendo desembarcado su gente en otra parte, fué muerta ésta por los bárbaros. Vista la tragedia por los marineros dieron la vuelta á Jalisco.

Inmutable Cortés en sus designios, tomó sus providencias para formar navios en Tehuantepec con ánimos de arrojarse en persona á la expedicion.

Llegó al paraje donde le mataron la gente arriba dicha; y despues de muchos trabajos, habiendo (segun dicen muchos escritores) descubierto á la California y reconocido sus pedregales y esterilidad, así por los ruegos de su mujer que lo hizo buscar en dos navios, como por las órdenes del virey D. Antonio de Mendoza y de la real audiencia, se volvió por Acapulco á México.

Por Junio de 1537 salió de órden de Cortés, Francisco de Ulloa del puerto de la Natividad con otros dos navios, y habiendo avistado á la California sin hallar puerto ni comodidad para reforzarse, se volvió desconsolado á Nueva-España. Gastó Cortés inútilmente mas de trescientos mil pesos.

De órden del virey D. Antonio de Mendoza, salió Francisco de Alarcon con otras embarcaciones el año de 1539, y á la altura de 26 grados debia juntarse con Vazquez Coronado, que por tierra iba á otros descubrimientos; pero nunca se verificó su reunion.

Alarcon naufragó con sus embarcaciones, aunque la gente se salvó en el puerto de la Purificación.

Por casi cincuenta años se interrumpió este descubrimiento hasta que por órden del Sr. Felipe II, el virey conde de Monterey, hizo fabricar tres navios en Acapulco al mando de D. Sebastian Vizcayno que por el año de 1596 tomó posesion de la

California en compañía de cinco religiosos franciscanos de la provincia del Santo Evangelio, que llevó á esta expedicion de órden del S. E. La falta de bastimentos obligó al capitan Vizcayno á volver en breve á la Nueva-España con dolor de los franciscanos, que vieron malograr sus ideas por la conquista espiritual de la California.

Con ocasion de la navegacion á Filipinas se habia descubierto á los 42 grados de altura un cabo en tiempo del virey D. Antonio de Mendoza, á quien se dió por nombre el Cabo Mendocino.

Sabiéndose en Madrid lo mucho que se fatigaban los navios de Filipinas al llegar á dicho Cabo, se pensó en que se buscase algun puerto ó ensenada en donde pudiesen rehacerse.

Para este efecto ordenó el Sr. D. Felipe III se descubriese toda la costa de California con exacto mapa: y en atencion á esta órden salió de nuevo D. Sebastian Vizcayno, por Mayo de 1602, llevando en su compañía tres carmelitas descalzos.

En la bahía de San Bernabé que está hácia el Cabo de San Lucas, se detuvo la gente pacíficamente con los indios por algunos dias; descubrieron el puerto de Monterey y llegaron al Cabo Mendocino que á su juicio se halla en 41 grados. El Cabo Blanco que hallaron mas adelante en 43 grados, les indicaba la cercanía del estrecho de Anian; pero habiendo enfermado la gente, volvieron despues de nueve meses de navegacion á Acapulco.

Viendo el capitan Vizcayno que se suspendian los descubrimientos hasta haber informado á S. M., pasó á Madrid para solicitar nueva expedicion, la que negó el consejo no obstante su alegato de las riquezas en las perlas. Con la noticia de éstas movió á otros, para que por su cuenta particular consiguiesen la licencia de ejecutarlo, lo que sin saberse el tiempo cierto parece que fué por los años de 1604; pero sin fruto y con la pérdida de su caudal. Hizo nuevas instancias el capitan Vizcayno para poblar el puerto de Monterey, y vino sobre esto cédula al

virey, conde de Montescalros; y al tiempo de entender sobre estas diligencias, el citado capitán el año de 1606 lo sorprendió la muerte.

El capitán Iturbi, el año de 1615 y con un navío, registró hasta los 30 grados el brazo de California; logró algunas perlas y de éstas algunas singulares que avivaron los deseos para buscar otras muchas.

Una orden del virey sacó al capitán Iturbi de los placeres de las perlas. Le ordenó S. E. que pasase á prevenir al galeon de China, pues se habia tenido aviso que lo aguardaban piratas holandeses.

Otros con pequeñas embarcaciones, desde Chametla, continuaron con provecho el buceo.

Hasta el año de 1608 se sabe que varios intentaron, aunque sin fruto, la conquista.

El rey, por cédula de este año, ordenó al virey, marqués de Serralvo; se hiciese averiguacion de la California por la cual resultó que era tierra de minerales y perlas.

El capitán Francisco Ortega consiguió licencia de ir con un clérigo en una fragata, que construyó, al descubrimiento de California. Por los años de 1632, 33 y 34 hizo sus entradas á la bahía de San Bernabé y puerto de la Paz; pero al fin, por la falta de bastimentos, abandonó la empresa.

Estevan Carboneli, piloto que fué de la fragata de Ortega, consiguió licencia el año de 1636 é hizo el descubrimiento subiéndolo á mayor altura; y no encontrando por todas partes mas que pedregales y esterilidad, volvió sin ventaja alguna á Nueva España.

Por orden del virey, duque de Escalona, el año de 1642, hizo entrada á California el gobernador de Sinaloa en compañía de un misionero jesuita de la misma Sinaloa. Por el espacio de un mes registró el gobernador el puerto de la Paz con sus contornos, y al fin se volvió á su residencia sin fruto alguno.

El año de 1643, por orden de Felipe IV, el almirante D.

Pedro Portel de Casanate, fué destinado á poblar la California; hizo dos navíos, y luego el año de 1644 le fué ordenado pasase á encontrar la nao de Filipinas, para asegurarla de los piratas que la aguardaban, como lo hizo; y queriendo continuar su expedicion á California, algunos de mala intencion le quemaron los navíos. Sin embargo, fabricó otros dos y en compañía de dos padres jesuitas de Sinaloa, registró las ensenadas para escojer sitio donde fundar una poblacion; en estas circunstancias llegó nueva orden del virey para que luego pasase á encontrar la nao de Filipinas; obedeció y no volvió á pensar en California.

Por orden del mismo rey Felipe IV, espedita antes de su muerte, el almirante D. Bernardo Bernal de Piñadero, con otros dos navíos volvió á la empresa; habiendo llegado á California solo se empleaban él y sus compañeros en pescar perlas de que resultaron tantos desórdenes que fué preciso que una orden superior lo obligase cuanto antes á restituirse á Nueva-España.

El año siguiente volvió á la misma empresa, que desamparó en breve sin que se pudiera penetrar el motivo.

Por el año de 1668, el capitán D. Francisco Lucenilla, con las debidas licencias, y en compañía de dos padres de San Francisco, fué en dos navíos á la California, y á poco tiempo, por la falta de bastimentos, abandonó la empresa.

Por orden de Carlos II, espedita el año de 1677, despues de varias diligencias, se confirió á D. Isidoro de Otondo y Antillon, la facultad de poblar á California; estipuló sus condiciones, y con los padres Kino, Copar y Goñi por Marzo de 1683, llegó al puerto de la Paz. Desde aquel paraje hizo algunas entradas por la tierra adentro, encontrando en los indios guaycuros algun género de resistencia, aunque no llegaron á las armas. Pocos dias despues por la prision de un indio que hizo el almirante por ciertas sospechas, acudieron los guaycuros y asaltaron á los nuestros con furor y con desorden; murió tal cual

español; y amedrentados los demas instaron con tal viveza al almirante que lo obligaron al fin á abandonar aquel puerto.

Reforzados con víveres los navíos volvieron á la California cerca de la ensenada de San Bruno que está en 29 grados de altura; por dos veces procuraron penetrar la tierra, aunque con poco fruto, entretanto los padres se aplicaron á comprender la lengua, y á formar algun género de doctrina. Catequizaron á muchos y bautizaron á algunos en el trance de la muerte.

Los españoles empezaron á enfermar y á clamar por su regreso á Nueva-España; hizo junta el almirante en que hubo variedad de pareceres; y aunque la mayor parte se inclinaba á desamparar la empresa, el padre Kino representó que habiendo sido universal la seguedad y las enfermedades, se debía esperar que mejorase el tiempo, y que así no se desamparase la conquista. Este dictamen se confirmó en una junta que se celebró en México, ordenando estrechamente que no se desamparase el puerto de San Bruno.

Sucedió al almirante por este tiempo lo mismo que á sus predecesores. En virtud de orden superior le fué forzoso ir á asegurar el galeon de Filipinas de los piratas que aguardaban, y conducirlo hasta Acapulco. pasó con los padres á México, y hecha informacion de todas las dificultades de la conquista, y del gasto de doscientos veinticinco mil pesos que se erogaron en la presente entrada, se empezó á considerar como imposible la reduccion de California.

Por parte del real acuerdo se pidió á la Compañia de Jesus se hiciese cargo de esta conquista ofreciéndole cuarenta mil pesos anuales para los gastos necesarios; ausente entonces el padre provincial Bernavé de Soto, no se admitió este encargo por los padres consultores, ni por el real acuerdo las propuestas del capitán Lucenilla que pretendia obligarse á hacer la conquista con menos costo. Por no desamparar enteramente la empresa se resolvió la continuase el almirante Otondo, asignándole adelantados treinta mil pesos; pero por el alzamiento de los ta-

raumares y otras urgencias que enflaquecieron el real erario, se suspendió esta provincia.

Por el año de 1694, el capitán Francisco de Itamarra, intentó nueva entrada que se redujo á llegar, reconocer y volverse.

En suma, fueron mas de cuarenta los barcos y embarcaciones que se malograron; seis entradas se hicieron por orden de S. M. y se igualaron al costo de la de D. Isidro de Otondo, para el gasto de ellas y con mucho de un millon de pesos. Cuatro entradas intentó Cortés en que se sabe gastó mas de trescientos mil pesos; doce entradas intentaron sujetos particulares, en que se gastaron inútilmente muchas sumas.

Sin embargo del malogro de la expedicion de Otondo, nunca perdió del todo la esperanza el famoso jesuita Eusebio Francisco Kino; fijos los ojos en California, no hablaba en sus conversaciones domésticas sino de los intereses que facilitaria su conquista al Estado y á la religion de Jesucristo. En estas conversaciones infundió sus sentimientos al padre Francisco María Pícolo quien, para dedicarse á la conquista espiritual de California, escribió al reverendo padre general impetrando la licencia que consiguió fácilmente.

Entretanto concurrió el padre Kino con el padre Juan María de Salvatierra que se hallaba en calidad de visitador en Sonora y Pimería, y habiéndole informado largamente de la California, le engendró al fin el deseo de llevar el nombre de Dios á aquellas gentes. Agitado de estos pensamientos el padre Juan María hizo dos informes: uno para su provincial, otro para el rey y su consejo de Indias. Ni uno ni otro tuvieron efecto, pues el padre provincial respondió no poder por sí solo determinar; y en Madrid se desatendió el informe por la preocupacion de que era imposible la conquista.

Sin embargo de estas repulsas no faltaron fomentos á la esperanza del padre Salvatierra; desde Roma le escribió su general que la empresa de California la tenia Dios reservada para su celo, el padre Juan Bautista Zapa, varon de eximia virtud,

Universidad de Nuevo León

BIBLIOTECA

VALVERDE Y TELLEZ

le escribió por Noviembre de 1693, que ya se llegaba el tiempo de la conversión de California, y que se proveyese de las virtudes que pedía su apostolado con el fin de promover algunas pretensiones importantes al adelantamiento de la conversión de Pimería; llegó á México el padre Salvatierra por Enero de 1696, aquí desplegó su corazón al padre provincial, manifestándole sus designios en orden á la conversión de California; y el prelado no se le declaró favorable. Visitó, habló muchas veces, instó al virrey, conde de Galvez y no le dió esperanza; por lo que sin instar mas por entonces, se retiró al colegio de Tepozotlan para donde estaba asignado de rector.

Mientras en esta soledad levantaba los llorosos ojos al cielo invocando sus auxilios para la conversión de California, el señor D. José de Miranda, fiscal de S. M. en la audiencia de Guadalupe, presentó á la misma audiencia un eficaz informe para emprender de nuevo la conquista y escribió, suplicando por la licencia, al padre provincial. Despues que este prelado se negó cortezmente á la petición del fiscal y otras nuevas instancias del padre Salvatierra, pareció no quedar otro recurso; sin embargo, una repentina mudanza triunfó de las contradicciones.

Cuando menos lo pensaba el desconsolado padre recibió la licencia de la religion, con condicion que solicitase el socorro necesario para la moderada subsistencia de los primeros misioneros que habia de destinar la religion.

Luego que se presentó en México el padre Salvatierra en compañía del padre Juan de Ugarte á solicitar limosnas, obró como se debia esperar del garbo de la nobleza mexicana. A dos caballeros que dieron tres mil pesos siguieron otros hasta completar la cantidad de veinte y cuatro mil pesos. El tesorero de Acapulco prometió prestar una galeota y endonó una buena lancha; D. Juan Caballero y Osio, presbítero de Querétaro, fundó con veinte mil pesos dos misiones, y se obligó á pagar todas las libranzas del padre Salvatierra. La congregacion

BIBLIOTECA  
VALVERDE Y TELLEZ

de los Dolores del colegio mexicano, concurrió tambien con otros ocho mil pesos.

Animado con tan felices principios ocurrió el padre provincial por la licencia al virrey, la que se dificultó por una real orden que habia prohibido emprender la conquista de California. Sin embargo, no espendiendo gasto alguno la caja real y mediando los respetos de la señora vireyna, se otorgó en 5 de Febrero de 1697; en el despacho librado se concedió facultad á los padres Salvatierra y Kino de juntar gente y soldados; de elegir cabos y poderlos remover con la aprobacion de S. E., que los soldados gozasen los privilegios de los demas presidios y que pudiesen los padres nombrar justicia para el gobierno politico.

Luego salió de México el padre Salvatierra dejando encargado al padre Juan de Ugarte, la cobranza de las limosnas y remisiones de todo lo necesario. Llegó á Sinaloa y aguardó las embarcaciones que por Agosto llegaron al rio Hiaqui, y no dejando salir de Sonora al padre Kino por el amor que le profesaban aquellos pueblos, le fué sustituido el padre Francisco Picolo, y el dia 10 de Octubre de dicho año se embarcó.

“Sali, dice el padre Juan María en carta al Ilmo. S. D. García de Legaspi, obispo de Guadiana, con fecha de 25 de Diciembre de 1697, de Hiaqui y me llevaron las corrientes hasta cerca de Salsipuedes; nos amparamos en la raya de la Concepcion, veinticinco leguas de San Bruno, habia donde hicieron la estacion dos años en la otra entrada los españoles. Visité bien el puerto, y por el agua tan mala, me pareció inhabitable, y asimismo por estar distante una legua de mar me pareció muy peligroso por hallarme con tan poca gente. Habiendo perdido en la tormenta la lancha con seis hombres en ella sin saberse esto dias despues lo sucedido de ella, viéndome apurado por lo inhabitable de San Bruno, echamos suertes en nombre de la pobladora María Santísima á donde habiamos de fijar el pié, sabiendo los marineros algunas playas, y nos salió en suerte la en-

senada de San Dionisio. Dímonos á la vela con la galeota, y aquí saltamos en tierra, y me pareció buena, con llanadas de circuito de unas diez leguas, buenos pastos, mezquiales en abundancia y otros árboles y carrizales y buenos agujajes; fui mos todos bien recibidos de estas gentes, y nos rogaron nos detuviéramos entre ellos. Pasamos la carga de géneros y bastimentos, y me planté en una mesa hermosa dos picas mas alta de una llanada grande, llena toda de ojos de agua dulce con un tanque grande al pié para bestias; hicimos nuestra trinchera fortificándonos lo mejor que permitió nuestro desamparo, quedamos con solo seis hombres españoles, dos indios de Sonora y un indiezuelo. Volvió la galeota para Hiaqui, y nos quedamos solitos los pocos conquistadores; estuvimos en grandes riesgos de la vida por tres semanas enteras, porque la codicia de nuestro maiz y harina tentó á los indios todos y así trataron de matarnos y quedarse con el botin. Tuvimos indicios de su depravada voluntad; pero no se les dió motivo ninguno, sino mucha caridad, y pudiendo nosotros romper la guerra á lo descubierta porque ya nos era de mucha molestia y destruccion la paz solapada, acompañada de hurtos y rapiñas de bestias y mil amenazas; pero nos estuvimos quedos, prevenidos y velando de dia y de noche aguardando que ellos rompiesen guerra descubierta, como sucedió el dia de nuestro Santo Novicio Estanislao Koska en que á medio dia dieron sobre nuestra trinchera cuatro escuadrones de cuatro naciones, edues, didues, laimones y monquies. Tupióse nuestra trinchera de flechas, piedras y tierra, se peleó hasta ponerse el sol con varios avances; pero contra todo el poder del infierno quedó la pobladora grande, la gran Madona, por victoriosa y conquistadora porque cayeron muertos algunos de todos lados; y mis compañeros y yo, todos quedamos buenos. Porque supiésemos que la victoria que tuvimos de cuatro lados por los cuatro escuadrones era de lo alto, nos sucedió en el mayor peligro disparar el pedrero en que confiábamos mucho y se hizo pedazos, y podemos decir que mila-

grosamente no nos mató á todos, y con él salimos en vano el pedrero; se avanzaron mucho los enemigos, pero confiados no nosotros en la Virgen que no permitió nuestra muerte en medio de siete pedazos de bronce y de hierro que por nuestros cabellos pasaron del pedrero reventado, nos alentamos con remuda de escopetas que traia de sobra, y con los muertos que cayeron de los enemigos se retiraron todas las escuadras á un tiempo. Quedó el campo por nuestro, humilláronse y les dimos las paces; y están obedientes y acude mucha gente á la doctrina y así con pocos españoles quedó conquistada esta tierra de suerte que ya no se nos daba nada de quedarnos solos sin refugio alguno ultramarino; despues descubrimos la yuca en este pais, raiz de que se hace el casabe, sustento de muchos reinos de la América y supimos de ella el dia despues de la victoria. Dos dias despues se nos apareció en este mar la lancha perdida con seis hombres; pocos dias despues se apareció la galeota tambien perdida por varios accidentes y varada en Hiaqui, y en ella me llegó el gran socorro del padre Francisco Maria Picolo, socorro que en gran parte debo á su Illma."

Hasta aquí el padre Salvatierra, cuya carta al ilustrísimo Legaspi es como un resumen de la que escribió difusamente al padre Juan de Ugarte, procurador de California con fecha de 27 de Noviembre de 1697; la que con otras tres del mismo padre se han copiado de órden de su majestad, y se hallarán insertas en el tomo de esta coleccion.

El padre Juan María, en virtud de sus facultades, nombró por capitán al alférez D. Luis Torres Tortolero, y se estableció que todos los militares asistirían todos los sábados á una plática espiritual. Los sucesos del fin de este año y todos los del siguiente no se pudieron pintar mejor que con la pluma del padre Salvatierra en carta escrita al padre Ugarte con fecha de 3 de Julio de 1698.

"Empiezo á escribir, dice, esta carta á vuestra reverencia de todos estos meses, que son como siete meses, desde la última

que escribí á vuestra reverencia por fines del mes de Noviembre del año de 97, hasta últimos del mes de Junio en que nos hallamos; escribo, pues, esta relacion sin saber si yo la acabaré de escribir, porque á la hora que la escribo nos hallamos aquí con bastantes necesidades por falta de socorro, y como cada dia van apretando mas las necesidades, yo soy el mas viejo del real de Nuestra Señora de Loreto: daremos el tributo primero cayendo como mas flaco para la sepultura.

“Salió, pues, de esta enseada en 27 de Noviembre la galeota del rey, que por medio del contador D. Pedro Gil de la Sierpe nos trajo á este reino, y á la hora de esta no sabemos si llegaria á salvamento á algun puerto de la Nueva-España; quedamos aquí todos con el padre Francisco María Picolo, dos indios muy alentados, otros dos indiezuelos, siete soldados españoles y otros cinco marineros de la lancha, todos bien proveidos de armas, pólvora y balas. Empezamos desde luego á hacer nuestra trinchera en este alto arrimado al tanque y en inmediacion á los pozos de agua; queda nuestra trinchera fuerte de dos órdenes de palizada clavada en el suelo, unidos con caña que los hace todos un cuerpo, y las dos órdenes de palizada, terraplenada por todas partes de tierra casi una vara de grueso, no solo para resistir á indios, sino tambien algun navío de enemigos; dentro se hizo la santa casa de la Virgen Santísima y casa de Loreto y un camarote arrimado á un lado de la iglesia, y otro al otro lado para el capitán y los padres. Nos ayudaron los indios gentiles é indias muy bien para la trinchera que costó mucho trabajo enterraplenarla de terraplen, que llega al cuello de una persona, y la dejamos con muchas puertas en que podian estar echados los indios y entrar y salir los dichos indios á su gusto antes que nosotros la poblásemos; de suerte que no podian pensar los indios gentiles lo que nos habia de servir, quedando entretanto nuestra gente atrincherada en la trincherita primitiva, hecha de casas, fardos y cacastles, desde la cual dominábamos á la nueva trinchera, que todavía

no estaba perfeccionada, y por de fuera la rodeamos toda de fuertes espinas y cardones de la tierra para defensa de los que se atreviesen á saltar el pretil. Viene á quedar casi en triángulo, defendida por una piecésita y otros dos pedreros aunque el uno no puede servir mas que para un tiro ó dos, por ser el que se quebró el día del asalto general en 13 de Noviembre, que lo hemos amarrado lo mejor que se ha podido. Tambien se sirvió nuestro bombardeo de estratagemas y así engañando algunos con concierto de toda nuestra gente, cargó con muchas bolsas de balas y de piedras á dos cañones de fuelles de hierro, y los puso sobre la trinchera á los dos lados de la iglesia de María Santísima: luego haciendo el ademan con un indio amigo suyo californio de que le trajese un tizon para pegar fuego, el indio le rogó que no disparase porque se asustaba mucho; y con esto salimos bien de la estratagema y desde afuera bacen gran vista y espantan mucho á los indios; y de este modo estando ya prevenidas todas las cosas de la nueva trinchera, en una tarde muy fria, en que por el frio andaban retirados los indios, trabajó incansablemente nuestra gente, se deshizo la trinchera vieja y se mudó toda la carga, y antes de dormir nos hallamos ya bien seguros dentro de esta nueva fortificacion, de lo cual quedaron admirados los indios californios.

“La mañana siguiente, viendo ya las puertas cerradas, y como en tan breve tiempo nos habiamos puesto á poblar dentro la nueva fortificacion, la víspera de Navidad, bendijo el padre María Picolo la nueva cruz é iglesia de árbol blanco, semejante á un árbol llamado sangre de drago muy frondoso y alegre, de que hay grande abundancia en este valle, y hemos podido hacer con estos árboles todas nuestras fábricas dentro de la fortificacion.

“Se estrenó la nueva iglesia con seis misas de Navidad, con tanta alegría de todos los pobres pobladores, que todos confesamos no haber tenido mejores ni mas alegres fiestas en dichas partes.

“Pocos dias antes de la Pascua de Navidad sucedió un tiro de la misericordia de Dios y amparo de la pobladora María Santísima con uno de estos pobres californios, y es de esta manera: antes del dia 7 de Noviembre, dia en que nos dieron el asalto general, asistian con nosotros tres mocitos de á diez y ocho años y nos ayudaban para los menesteres de la casa; el uno de ellos me pidió con instancia que lo bautizase y me rogaron de ello algunos soldados; pero no lo hice para que el catecúmeno se enseñase mas y mejor supiese la fuerza y obligaciones del santo bautismo; viendo los tres mozos que ya toda su nacion se habia apartado de nosotros, y que ya en varias escuadras se acercaban al real á nuestra trincherita, se asustaron y los dos pidieron licencia de salirse para una necesidad; yo temiendo que lo mismo seria salirse que incorporarse con los alzados sus parientes, instéles con razones para que no saliesen, diciéndoles que los españoles matarian á los malos, y que estando conmigo estarian seguros; pero no sirvieron mis razones y prosiguieron en la instancia de salir con mucha eficacia; fuí de parecer el amarrarlos, y de este modo asegurarlos, así por tener dos flechas menos contra nuestra gente, como porque no pereciesen de algun pelotazo en los asaltos contra nosotros, y mucho mas para poder tener con nosotros algunos de la nacion con quien poder enviar embajadas despues de la pelea en caso que no pereciésemos; aunque yo era de este parecer, no convenia que yo lo ejecutase sino que lo hiciese un par de soldados, y como éramos tan pocos ya cada uno estaba en su puesto y el enemigo ya en varias partes á tiro de flecha, y como ví alguna dificultad en la ejecucion, dejé salir á los dos, quedándose solo el tercero conmigo. Apenas salieron los dos, que luego los apresaron sus parientes á su bando, y á nuestra vista cogieron flechas y piedras contra nosotros, pero el uno de ellos recibió un pelotazo en el último asalto que nos dieron, y le alcanzó una bala en mucha distancia, que aunque llegó cansada

no obstante le entró dicha bala en la barriga, ahujreándose, y se le quedó dentro.

“Despues de acabados todos los asaltos, como á las diez de la noche oímos desde la trinchera unas voces de grandes quejidos desde la ranchería en que vivian los indios, distante como tres tiros de arcabuz; reconocimos los pocos cristianos que eran quejidos de algunos heridos, pero como no estaban asentadas las paces, la noche era oscura, nuestra poca gente rendida de la pelea y sujeto el caso á alguna emboscada y ardid del enemigo, no se podia salir á ver al doliente; y así estando todos en esta advertencia y aun con alguna roticia de que las voces eran del mocito herido, toda nuestra poca gente cristiana no tuvo otro medio con que poderle socorrer en la sazon sino encomendarle á la santa Madona de Loreto que abriese el camino para el socorro del pobre herido. Al cuarto del alba dió los mismos quejidos y no sirvieron las diligencias que yo hice para que me lo dejasen ver, antes sí, avisaron de que ya se habia muerto y hecho con él las ceremonias gentílicas. Quedamos todos aflijidos con esta nueva, remitiéndonos á los juicios de Dios ocultos. aunque por otra parte, por ser ellos tan finjidores de la mentira y el haber pedido unánimes los cristianos el remedio á la Madona, nos hacia no creer del todo á los indios que confirmaban la muerte del mocito catecúmeno.

“De este modo fueron pasando algunas semanas, cuando ya hechas las paces, que llegada la lancha podian salir á cortar maderas los nuestros con los indios; un dia á mediados de Diciembre, pasando por una ranchería distante como menos de cuarto de legua del real, vieron un bulto de enfermo, que ya estaba, aunque vivo, con solos los huesos y piel; víéronle tapado el vientre con una piel de animal y los cabellos metidos en la cara que se la tapaban; vieron que estaba el bulto vivo todavía, y juzgaron al ver la piel en el vientre que era alguna vieja que moria poco á poco de decrepita. Nos avisaron del caso, y haciendo las diligencias escondieron al bulto del enfermo;



pero lo habia tomado debajo de su amparo la Virgen Santisima, y así que dentro de tres dias lo volvieron á hallar casualmente tres soldados; y así el dia siguiente en la doctrina cristiana se les dijo á los indios la importancia del santo bautismo, y cómo los que se mueren sin él no van al cielo, y que era grande el dolor que teniamos cuando algun enfermo se moria sin el santo bautismo.

“Despues de la doctrina pregunté, oyéndolo todos, por el enfermo, y á esta pregunta se dividieron en dos opiniones; los unos, que eran pocos, lo querian esconder porque no se bautizara ni supiéramos que era herido. La otra opinion en que hicieron los mas que lo viésemos y se bautizase, y añadieron que habia ya rezado muchas veces la doctrina cristiana. Con esto fuimos á la tarde los padres cuando menos lo pensaban, acompañados de indios que casualmente estaban en el real y parecian fieles y tres soldados; nos llevaron los indios fieles á donde estaba el bulto del enfermo, luego reconocimos que el enfermo no era vieja, sino que era el mocito conocido que se apartó el dia de los asaltos; preguntados por la enfermedad respondian fingiendo otra diferente de la que era, pero del tener sobre el vientre la piel de un animal, sospechamos que con esa piel tapaban y abrigaban la herida como Eva.

“El mocito enfermo mucho se alegró de vernos, y recíprocamente nos alegramos todos de ver las maravillas de la misericordiosa Madona; se le habló de la necesidad del bautismo y él dijo con muchas ansias que queria bautizarse: al oír esto los indios se dividieron en dos opiniones de unos que querian se bautizase y trajeron agua en un caracol grande del mar, otros no gustaban que se echase el agua: el herido reconoció el cisma que habia entre sus parientes y nos hizo muchas señas de que queria bautizarse, y que mentian los que alegaban razones para que no se bautizase, y así para verificarlo sin ruido se divirtió el discurso á otras cosas y empezamos á hablar de comidas, atole, maiz y carne; y diciendo el enfermo y los otros que no habia allí,

con que se les propuso que era mejor lo llevasen cerca del real; y aunque hubo opiniones entre ellos el enfermo, oyéndolo todo, mostró que queria ser llevado, y así todos convinieron en ello y en una manta lo llevaron. Se dispuso para el bautismo y le bautizó el padre Francisco Maria Picolo llamándole Antonio, y el buen mancebo habló con palabras y señas espresivas de mucho consuelo, y se le hizo la caridad que se pudo abrigándole con frezadas y mantas; se reconoció la herida que ya se habia hecho incurable por la tardanza y que poco tiempo podria vivir, y así el dia siguiente de media noche le di la estemaucion que recibió con mucha devocion estando echado en un jacalito de nuestra trinchera: al dia siguiente cargaron con el moribundo sus padres y parientes, y aunque nostramos deseo de que lo dejasen aquí, no pareció acertado forzarlos á ello por parecernos que ya el moribundo no estaba en sí, y con esto iba ya asegurado para su alma y solo lo llevaron á la primera rancheria como dos tiros del real, bien es que como ignorantes de sus ceremonias no alcanzarnos el fin, y ya sabiamos solo algunas que hacen con los enfermos vivos, y es que yendo á la visita de los enfermos, despues de haberle visto y preguntádole, levantan todos los de la visita un grande llanto con sollozos, tapándose á ratos la cara con las manos y los cabellos, y de este modo prosigue la ceremonia del llanto como un cuarto de hora, y aunque tiene mucho de fingido derraman abundantes lágrimas en el llanto los meritos del doliente, el cual pide á los amigos que le soplen, y así muy á propósito se hincan para estos soplidos con mas autoridad soplando la parte enferma en primer lugar y despues soplan sobre todos los sentidos con mucha fuerza, y es señal de amistad así la ceremonia del llanto y sollozos como la de los soplos, y esta segunda se procura el vituperarla y quitarla, y así como tiene muchas visitas el enfermo que lo está de gravedad: muchos ratos durante el dia está oyendo esta cantinela de llantos y de noche los que lo cuidan hacen lo mismo con el conocimiento solo de estas ceremonias y no de otras de-

jamos llevar al enfermo, y despues de media noche oimos alzar un grande llanto á modo de ahullido de toda la ranchería y repetirse á ratos de otros que se debian de ir juntando y teniéndola por señal de su muerte temprano, trabajamos aquí para la sepultura, y estuvo nuestra gente bien prevenida con las armas por lo que podia originarse de la muerte del dichoso mancebo Antonio; pero ellos se adelantaron en sus ceremonias, llevaron el cuerpo y en una grande hoguera distante lo quemaron, y solo la cabeza dejan intacta, pues hemos hallado alguna calavera que nos lo ha indicado en lugares apartados y fuera del camino. Se disimuló todo el caso y á la doctrina vino poca gente por la mañana, pues estarían ocupados en ceremonias y pésames, prevencion de frutas y otras comidas; á la tarde se nos desapareció toda la gente oyendo gritos á su uso para juntarlos, temimos de algun rebato y que se hubiesen enfurecido por el mancebo que habia muerto por un bala de nuestros españoles el dia del asalto, cuando vimos que se puso mucha gente en hilera hombres y mujeres en la playa de la mar; despues vimos venir muchas de sus canoas de carrizo correr por la mar é irse encontrando unas con otras y así fué durando esta ceremonia toda la tarde con un susto de que no tirasen á pegar fuego en la lancha que estaba prevenida para no dejar llegar gente á ella. Suponemos que en estas ceremonias echaron las cenizas en la mar con otras idolatrías que no sabemos, y de las señas pudimos reconocer que desde la muerte del dichoso Antonio andaban algo desazonados, no obstante andaban obedientes, y el que se atrevía á hurtar á la vista de los demas llevaba su palo de alabarda ó lunetas que nos sirven de alabarda y no habia motines, y de esta manera pasamos las fiestas de Pascua de Navidad con mucho gozo y alegría como dije arriba.

“Por año nuevo se despachó la lancha á la Nueva-España é Hiaqui, para que nos trajese algun socorrito, y juntamente dar la nueva de cómo vivíamos, y si habia llegado á Hiaqui alguno de los compañeros españoles movidos de Dios y de Ma-

ría Santísima á venir á esta empresa, por ser tan pocos los conquistadores. Tomaron alguna avilantez al vernos sin la lancha y con cinco hombres menos; y así en 8 de Enero y aun el dia y dias antes se recejó que de ello habia de que venia mucha gente á la doctrina con mala intencion; entre ellos venia un tuerto de que tenia muchas prendas de ser grande ladrón, y aunque habia riesgos de alborotos en castigarles, mayor era el riesgo que nos quedada en dejarle sin el castigo; en el repartimiento del maiz de limosna, que se les daba despues de la doctrina, ademas de recibir el tuerto su reparticion de mano del padre, púsose el bárbaro á cojer mas maiz de mano propia dentro del cazo, y como era mal ejemplo á la vista de todos, dióle nuestro capitán un buen golpe con la culata del arcabuz en los lomos, y no habia sido la primera que otros ladrones como él habian recibido; levantóse el tuerto y estando distante algunos pasos levantó la voz recio y con ella un motin en que le siguiéron muchos, que estaban de algunos dias antes con este ánimo, los mas atemorizados de la primera batalla y de que les habia ido mal, y conociendo la razon de castigar al ladrón, se estuvieron quietos y no se apartaron de nosotros, no paró el tumulto en retirarse alzando la voz y amenazando: porque mientras estábamos comiendo dieron sobre las cabras, pero el indio tepavi belicoso, llamado Alonso levantó tambien luego su alarido, que desde el real lo distinguimos, y defendió el ganado mientras le iba socorro, y en el interin que él peleaba tres indios californios apartados de la escuadra de los agresores le ayudaron arreándolo nuestro poco ganado sin que se perdiese una tan sola cabeza, pero la zaña que no pudieron descargar sobre las cabras la descargaron sobre una canoa vieja, que por no servir y hacer mucha agua habia dejado la galeota antes de irse en la playa, y por estar muy apartada y no servir pareció moderar el ánimo de algunos soldados que se querian arrojar á contrastarles la canoa, pues entre tan pocos hubiera sido de grande daño el quedar uno de los nuestros he-